

## Capítulo I

### EN MISIÓN INFORMATIVA

Era ya tarde cuando el corresponsal del *London News* en Madrid recibió la orden de su redactor jefe de Londres, Shepherd, el tipo más triste y aburrido del mundo, de ir allá y transmitir doscientas cincuenta palabras. «Allá» era Barcelona.

—Puedo resolver la crónica desde aquí —propuso el corresponsal.

—Debes ir, habrá un mensaje de su Majestad —respondió Shepherd.

—De acuerdo; todo sea por ese rey vuestro.

—Jorge VI. Dedícale un párrafo largo.

—Espero que su mensaje no sea insustancial —dijo el corresponsal.

Shepherd gruñó y canceló la comunicación. Eran los tiempos en los que los ingleses se habían negado el permiso para reírse de sus Reyes y de otros elementos decorativos.

A un tipo que vive de encargos no le importa que le obliguen a trabajar el día de San Isidro, santo de la hol-

ganza por antonomasia, así que el corresponsal consultó el tiempo que iba a hacer allá, se puso la ropa adecuada, comprobó la documentación, camufló en el bolsillo secreto del revés de su cinturón el dinero necesario para el viaje, metió en la bolsa varias cajetillas de tabaco rubio americano, el *Breviarium vitae* de Séneca, el *Manual de la Prudencia* de Gracián y un relato de Alardo Prats sobre los endemoniados del Santuario de Balma para leer en los tiempos muertos, pronunció su lema favorito: *libertas, labor, laetitia*, y se puso en marcha. No era suyo, el lema, sino de Mariano de Cavia, pero lo había adoptado en honor al periodista posromántico que improvisaba sus amenas crónicas en los bares y, también, todo hay que decirlo, porque coincidía por triplicado la ele de su nombre de pila: Lucas. Después abandonó su guarida en la calle de Marqués de Cubas, saludó a Sebastián, el jefe de casa, subió por la Carrera de San Jerónimo, pasó ante aquella Casa de las Leyes que tanto impresionó a José Martí y que ahora llamaban Cortes Generales, cruzó la Puerta del Sol, miró al balcón al que se asomaba Rubén Darío cuando vivía en una pensión y escribía desde Madrid para la prensa argentina sobre la Guerra de Cuba, bajó por la Gran Vía hacia la Plaza de España, donde acampaban un don Quijote metálico con el brazo en alto, según el saludo fascista, y un pícnico Sancho sobre su jumento, y siguió calle abajo hasta la estación ferroviaria de Príncipe Pío.

Los trenes nocturnos que iban hacia el norte ya respiraban vapor aquel 15 de mayo de 1944 a la espera de la señal de partida. La gente llenaba los andenes y se entregaba a emotivas despedidas con abrazos, besos, sollozos

y gritos de escribe. Eran los tiempos en los que se viajaba hacia la incertidumbre sin fecha de regreso.

Se abrió paso hasta el vagón de cabeza de *El Catalán*. Su carné de comandante de la Fuerza Aérea del glorioso e invicto ejército nacional le reportaba algunas ventajas como esa de obtener billetes de primera con descuento en todos los trenes. No obstante, cuando subió al vagón y se asomó al departamento que le había tocado en suerte y vio las caras de sus compañeros de viaje, se arrepintió de haber exhibido aquel carné más falso que Judas, y recordó la frase del general Miaja: «Yo siempre viajo en vagones de tercera, que es donde van las únicas ideas que valen la pena en este mundo».

Saludó a aquellos tipos cortésmente:

—Buenas noches señores. ¡Heil, general!

El general alzó la mano derecha con desgana y le miró de reojo. Sus dos acompañantes hicieron lo propio. En ese momento, una mano invisible tiró de él hacia el pasillo, y, al agachar la cabeza para resistir a la fuerza invisible, observó las botas de media caña del general, negras, brillantes, con ese brillo de insecto que proporcionan al cuero los limpiabotas madrileños.

La perspectiva de realizar un viaje tan largo, de al menos diez horas, al lado de aquellos señores con cara de palo y pelo al cepillo, le arrugaba el corazón y acabó cediendo a la fuerza que tiraba de él hacia atrás y le impedía colocar la bolsa de viaje en el tablero elevado que servía de portamaletas.

Caminó por el pasillo del tren hacia el final del vagón y encontró un departamento vacío con el número diez en la portañuela. Como en su billete figuraba el

uno, sacó el bolígrafo y se esmeró en añadir un cero capaz de convencer al revisor. Eran los tiempos en los que casi todos los revisores de trenes, víctimas de la poca luz, sufrían miopía o padecían cansancio visual. Acto seguido tomó posesión de la estancia, encendió un pitillo, se descalzó, estiró las piernas sobre el asiento frontal y se dijo que con un poco de suerte podría echar una cabezada hasta Alcalá de Henares, Guadalajara, Zaragoza... Acaso hasta Barcelona.

El reportero que Lucas llevaba dentro le incordió un buen rato y le reprochó su vagancia, pues con su actitud estaba desaprovechando la oportunidad de obtener algún dato del general Krahmer, ya que aquel tipo, el general Krahmer, el agregado militar alemán en Madrid, era, con sus botas brillantes y su cara de palo, el individuo que ocupaba el departamento del que había salido huyendo.

«Podías interesarte —le reprochaba el reportero— por la moral combatiente del régimen nazi tras la caída de Italia, por el comportamiento de los divisionarios españoles en la batalla de Moscú y en el cerco de Leningrado. Se rumoreaba que los divisionarios azules se emplearon a fondo en la rapiña de piezas sagradas de oro y plata de las iglesias ortodoxas rusas. ¿Es cierto eso? ¿En verdad saquearon e incurrieron en excesos? ¿Qué opinión tiene de ellos, general? Los mandos les permitieron exhibir un trofeo propagandístico como la Cruz de Novgorof<sup>1</sup>. La rescataron —decían— de entre los escombros de un

---

<sup>1</sup> La venerada Cruz de Novgorof fue devuelta a Rusia sesenta y cuatro años después de haber sido traída a España como botín de guerra. Un ministro de Defensa que se llamaba José Bono se la entregó al patriarca de la Iglesia Ortodoxa, Alexis III.

templo que estaba siendo intensamente bombardeado por las baterías marxistas. Pero, al margen de la propaganda, dígame, general, ¿hubo botines ocultos, valor oro y beneficios de la rapiña? También podías preguntarle cuántas bajas españolas contabilizaron ellos, cuál fue la cifra exacta de muertos y, en fin, que opinión tenía el Estado Mayor alemán del ardor guerrero de aquellos españoles que le mandó Franco como carne de cañón contra el Ejército Rojo».

Miraba las volutas de humo que salían de su boca mientras el reportero interior le seguía azuzando. «Con un poco de arte le puedes sonsacar alguna información sobre si van a entregar a los miles de republicanos que mantienen cautivos en los campos de trabajo o los van a liquidar para ahorrar balas a Franco. ¿Qué harán con esos desdichados? Anda, vuelve allá y mete el dedo en la laringe de ese buitres, gana su confianza, elogia a su Führer, dile que ese jefe suyo te parece más grande que César, elogia a su ejército y obtén información. Desde luego la guerra del Führer en las Galias ha sido más rápida, más fulgurante, más hábil y más deslumbrante que la de Cayo Julio César. Si vamos a ver, ni guerra ha sido siquiera. La línea Maginot se demostró una inutilidad ante el movimiento envolvente de los blindados nazis a través de Bélgica. Gran estrategia, su Führer, sí señor, mucho más grande y más fuerte que César. Yo creo que debe ascender al capitolio escoltado por cuatrocientos elefantes y debe ser coronado emperador».

«Bueno, vale, tampoco hay que exagerar ni gastar tanto elogio y favor antes de recibir nada», aplacó Lucas al reportero interior. «Acuérdate de Gracián —añadió—

y no te comportes como un majadero. Por otra parte, los individuos de esa calaña nunca, ni siquiera en peligro de muerte, suelen decir la verdad. ¿Acaso has olvidado que su política informativa consiste en mantener a la gente a oscuras y darle mierda y que por eso se llama la política del champiñón? ¿Si no lo has olvidado, a qué viene tu inquietud?»

Instantes después de aquella discusión consigo mismo asomó la cabeza el revisor arrastrando una maleta. Tras él entraron en el compartimento dos señoritas de cara agradable y muy buen olor. Las saludó cortésmente y ayudó al ferroviario a aupar el equipaje hasta el tablero superior. A los pocos minutos, el tren comenzó a rodar casi sin sentir, como suelen hacerlo todos los trenes, y el reportero preguntó a las señoritas si les molestaba que fumase y si las incomodaba que viajara descalzo. No les molestaba nada. Incluso una, la más joven, anunció que también ella fumaba. O sea, que se dejaba invitar a cigarrillos. Y la otra se descalzó los zapatos de tacon. Su acento desvelaba su nacionalidad. Aun así y todo, les preguntó:

—Son ustedes alemanas

—Si —respondió la más joven.

—No, españolas —la corrigió la de mayor edad.

El reportero miró a esta última tratando de resolver aquella contradicción. Era una mujer rubia y poseía el atractivo de una rosa mojada, a medio ajar. Llevaba media melena, era de estatura media y de mediana edad.

—¿En qué quedamos? —Le preguntó.

—Medio españolas, medio alemanas —puntualizó la más joven, que también era rubia y tenía unos ojos

verdes al fondo de los cuales se veían pasar las luces de la ciudad.

—Pero más españolas que alemanas o, si usted prefiere, alemanas españolizadas —añadió la mayor.

—Desde luego, hablan el castellano muy bien —concedió el reportero.

Cuando el tren dejó atrás las últimas casas de Madrid ya se habían presentado. La mujer más joven, como de treinta años, dijo llamarse Blume, que en castellano significa Flor, y su compañera, acaso seis o siete años mayor, se hizo llamar Heiterkeit, «pero llámeme Seren o Serena», precisó.

—¿Van a Barcelona?

Asintieron.

—¿Tienen familia allá?

Se miraron y dudaron antes de responder que no tenían familiares ni conocidos y que realizaban aquel viaje para poder ver y abrazar, si se lo permitían las autoridades, al marido de la que se llamaba Seren, que venía embarcado en un buque de guerra.

—¿Por qué no han de permitírselo?

Las mujeres se miraron de nuevo y la llamada Seren dijo:

—Necesitamos un salvoconducto para subir abordo.

En este punto el reportero se sintió obligado a informarles de la presencia del agregado militar alemán, el general Krahmer, en el primer departamento del vagón del tren y dio por supuesto que el nazi les podía facilitar el permiso que necesitaban. Pero las mujeres, que se habían sentado frente a él, bisbisearon algo en su idioma, y él creyó oír el término *schwein*, que significa «cerdo»,

e intuyó que se había equivocado. En efecto, la llamada Seren o Serena le agradeció la información y le dio a entender que no les convenía molestar al general por un asunto personal.

—¿Dónde atraparon a su marido? —Se interesó el reportero.

—En Egipto, en la ofensiva de El-Alamein —dijo ella.

—¿Viene herido?

—No, tuvo suerte y salió sano. Parece que Von Thoma se rindió a tiempo y la mayor parte de sus hombres se salvaron.

—¿El mismo Von Thoma que asesoró a los facciosos en España?

—El mismo —respondió ella.

—He oído decir que en España se comportó de un modo despiadado, pero, después de todo, me alegro por su marido de que fuera un cobarde. En ocasiones la cobardía salva más vidas que el valor.

La mujer se mostró de acuerdo. La conversación prosiguió por los vulgares caminos de la guerra. De las palabras de las alemanas españolizadas enseguida obtuvo la conclusión de que no profesaban simpatía alguna hacia los oficiales alemanes y abominaban el régimen nazi. La situación le parecía interesante. Cuando, tras una hora de viaje y conversación, les dijo que no era militar sino periodista y que acudía allá (Barcelona) como enviado de un diario británico, las mujeres parecieron alegrarse mucho y le contaron algunos pasajes de su vida.

En síntesis, las dos hermanas se habían instalado en España a principios de los años treinta y regentaron un



pequeño hotel en Granada hasta el día en que alguien derramó gasolina, prendió una cerilla, y el fuego destruyó el establecimiento. Veinticuatro horas después secuestraron al marido de la llamada Seren, el hombre que venía embarcado.

—¿Quién las quería tan mal?

—Los nazis del SP —dijo Seren.

—¿La Gestapo?

—Algo así; los matones del Servicio de Puerto, del SP —aclaró Seren.

Luego le siguió contando que cuando estalló la Guerra Civil sobrevivieron en Sevilla realizando trabajos inconfesables

—¿Pecaminosos o eso?

No contestaron, pero dedujo por una mueca de Seren y por el gesto resignado de su hermana que su tarea estuvo relacionada con la frescura de su carne.

—¿Qué le ocurrió a su marido?

—Lo martirizaron, lo utilizaron en algunos trabajos en Barcelona, Sevilla y Madrid, y después lo enviaron a Alemania. Desde allí lo mandaron al frente de África.

—¿Tampoco él comulgaba con los nazis?

—No. Su padre era comunista y su abuela era judía. Él se salvó del clonaje porque había estudiado ingeniería y ciencias químicas.

—¿Del clonaje?

—Es un modo de hablar. Me refiero a los procedimientos de los nazis de detener, torturar y asesinar en el extranjero a los súbditos alemanes de ascendencia judía o de ideología socialista y de mantenerles con vida en el registro civil.

Después de aquella confesión y de muchos detalles y matices que resultaría prolijo reproducir aquí, idearon y sopesaron algunas estratagemas y el viaje transcurrió entre cálculos, hipótesis, planes y comprobaciones. Se- ren entregó al reportero una fotografía de su hombre. Se llamaba Forkar Herren y era un tipo de mediana es- tatura, un poco enclenque, moreno, de ojos pardos y mi- rada limpia. El reportero la guardó en su libreta de notas y dijo:

—Veremos lo que puedo hacer.

A la altura de Lleida, el cielo comenzó a clarear. Tres horas después llegaron a Barcelona, zona plástica de Es- paña, ciudad con muchos bares, calles rectas, edificios modernistas y pobreza y bulla.

#### CANJE DE PRISIONEROS

La explanada del puerto de Barcelona era un enjambre de ociosos llenos de curiosidad. El canje de prisioneros nazis por aliados había sido anunciado para las doce de la mañana y el personal acudía a contemplar las reses de la guerra. Los falangistas llevaban la consigna de aplaudir a sus correligionarios alemanes, pero la mayoría del público afluía empujado por el deseo de ver a los solda- dos de uno y otro bando. Comenzaba a lloviznar cuando el reportero, que se había acreditado ante el departamen- to de prensa de la Delegación Provincial de la Vicese- cretaría de Educación Popular, logró sortear la masa hu- mana y se sumó al grupo de corresponsales extranjeros y nacionales pastoreados por un hombre muy serio, con

corbata y paraguas, que se llamaba Frisuelos, en el espacio reservado a las autoridades políticas y militares. De tanto en tanto, el reportero recorría con su mirada los rostros de la gente intentado descubrir las caras de Seren y Flor. No era fácil identificarlas bajo tantos paraguas. También, de cuando en cuando miraba la fotografía de Forkar Herren y dudaba de que el plan que había fijado en el tren con aquellas mujeres pudiera funcionar. Sus dudas aumentaron cuando el embajador norteamericano, mister Hayes, le dio el dato de que los prisioneros nazis venían hechos una piltrafa. Más de setenta se habían vuelto locos; si Herren era uno de ellos no habría nada que hacer.

Anotó en su libreta el último parte de la situación a bordo, tal como se la transmitió el embajador norteamericano, que esperaba la llegada del barco en compañía de su hija, una preciosa joven llamada Elisabeth. El resumen era el siguiente: de los 338 prisioneros alemanes capturados por las tropas estadounidenses que iban a ser canjeados por otros tantos compatriotas estadounidenses, setenta y ocho eran enfermos mentales, noventa y nueve venían heridos y necesitaban camilla; los demás podían valerse por sí mismos.

La situación no era mejor entre los alemanes apresados por los británicos. De los 575 prisioneros, setenta y dos venían heridos y en cama, ciento veintiocho habían mejorado de las heridas y podían permanecer sentados, noventa y ocho podían andar, treinta y siete padecían trastornos mentales declarados y un número indeterminado andaba mal de la cabeza. Es lo que tienen las guerras, que vuelven loca a la gente.

Mientras esperaban la llegada de los barcos con los prisioneros alemanes y aliados, el reportero se acercó al lugar donde se encontraban los representantes alemanes y se interesó ante el general Krahmer por el estado de salud de los prisioneros ingleses y estadounidenses, pero no obtuvo respuesta. El gesto bilioso de aquel tipo con cara de palo y brillantes botas de media caña le aconsejó regresar al redil de Frisuelos y los demás corresponsales después de saludar con una leve inclinación de cabeza al general Moscardó y a otros oficiales españoles que cumplimentaban a los representantes nazis.

Pasadas las once de la mañana sonó la sirena del buque *Gripsholm*, de bandera sueca, y éste comenzó a acercarse mansamente hacia el muelle, orientado por el práctico a bordo de una barcaza. Había realizado un largo viaje desde Nueva York hasta Barcelona, con escalas en Londres y en Argel para recoger a los prisioneros alemanes. La cifra oficial de cautivos germanos a bordo superaba los novecientos, aunque, en realidad, según el desglose que le dieron los diplomáticos norteamericano y británico, un tercio no eran combatientes sino personal sanitario y de intendencia.

Mientras el buque se acercaba, el reportero abandonó de nuevo la zona asignada a los periodistas y se acercó al público. Había descubierto a Seren y se dirigió hacia donde se encontraba, tras un cordel custodiado por soldados mal uniformados y por algunos policías y guardias civiles a caballo. Con un efusivo movimiento urgente abrazó a Seren y ella le colocó bajo la gabardina el pequeño paquete con la mercancía convenida. Después regresó al corrillo de Frisuelos y los corresponsales nacionales y extranjeros.

Mientras el buque *Gripsholm* se colocaba en el parámetro Este del muelle apareció en la bocana el barco alemán *Gravisca*, con su cargamento de mil veintiún prisioneros ingleses y estadounidenses. Venía de Marsella. Las barcazas lo arrastraron hasta el parámetro Oeste del atracadero. Entonces, aquel Frisuelos les anunció que podrían subir a bordo del *Gripsholm* para anotar las palabras y tomar las instantáneas fotográficas sobre la bienvenida de las autoridades españolas a los prisioneros alemanes que iban a ser canjeados por los aliados. Era el momento que el reportero esperaba.

Minutos después subieron la escala tras el contralmirante Montero, un hombre chaparro, que era el comandante del puerto. Tras ellos subieron unas señoritas de la Cruz Roja y también, según lo anunciado, un grupo de beneméritas damas de la Sección Femenina de la Falange Española de las JONS, provistas de cestas con azúcar, café, chocolate, aguardiente, frutas y galletas. Eran los obsequios de la hermandad fascista española y de la generosidad de los comerciantes barceloneses con los prisioneros alemanes. Y esa era la oportunidad que el reportero aguardaba.

Cuando aquellas mujeres comenzaron a repartir las dádivas entre los prisioneros, el reportero las siguió por la cubierta, los pasillos y los camarotes del barco, tratando de identificar a Forkar Herren para entregarle el paquete que, camuflado bajo la gabardina, sujetaba con su brazo izquierdo contra el costado. Había bastantes individuos morenos entre los soldados sanos. Muchos de ellos ocupaban unos bancos metálicos situados en los pasillos del buque. Se acercó a ellos y fue repitiendo el

nombre de Herren. No era fácil identificar al soldado por la foto, ya que los uniformes, el miedo y las calamidades compartidas hacen que la gente se acabe pareciendo entre sí. Además, la guerra modifica los rasgos faciales de tal modo que una fotografía de un individuo tomada antes del conflicto se puede acabar pareciendo como un huevo a una castaña con el original. A la octava pregunta tuvo suerte; un tipo contestó: «Yo soy Herren». El reportero le tendió la mano y el soldado incrementó su sorpresa inicial. Pero el asombro desapareció de su rostro cuando el periodista se inclinó ante él y le entregó el paquete de parte de su esposa.

—¿*Mein frau*?

—Si, tu esposa Seren. Ella te espera en el muelle.

Los ojos de loco del soldado se llenaron de lágrimas. El reportero le dijo:

—Escóndete, abre el paquete, ponte esa ropa y colócate bien la peluca que va ahí dentro.

El soldado comprendió. El reportero añadió:

—Debes actuar deprisa y salir del barco entre esas mujeres. —Y señaló a las beneméritas damas de la Sección Femenina.

Por suerte aquel Herren no había enloquecido del todo y comprendió muy bien el mensaje. Sin pensarlo dos veces, se incorporó y desapareció, medio encorvado, detrás de una puerta metálica.

El reportero le deseó suerte y regresó al redil de los corresponsales, que ya se disponían a bajar del buque tras tomar nota de la bienvenida de las autoridades militares españolas y hacer las placas fotográficas de rigor. La consigna informativa consistía en que la pacífica

España y sus misericordiosas autoridades, encabezadas por su excelencia el Generalísimo, acogían con agrado y cordialidad aquella operación humanitaria<sup>2</sup>.

### ¿POR QUÉ SE ESTRELLÓ EL AVIÓN DEL MINISTRO YENCKEN?

El intercambio de soldados alemanes por aliados comenzó a las dos de la tarde y se prolongó durante más de tres horas. Primero se cruzaron los enfermos y heridos que iban en camillas y después lo hicieron los que a duras penas podían tenerse en pie. Caminaban asistidos del brazo por las enfermeras de la Cruz Roja. Finalmente, se intercambiaron los que podían caminar por sí mismos, estuvieran locos o cuerdos.

El reportero se mantuvo atento a la operación y no vio pasar al enclenque y renegrado Herren entre los soldados sanos, lo cual le pareció una buena señal. «Ha podido huir», se dijo. Cuando acabó el intercambio de prisioneros entre barco y barco por unas pasarelas colocadas al efecto, el falangista que dirigía a los periodistas los orientó hacia el edificio de la Telefónica con el fin de que pudieran transmitir sus crónicas. Él se disculpó y permaneció en el muelle. Aguardaba la oportunidad de subir de nuevo a bordo del *Gripsholm*, ahora ocupado por los libertos anglosajones, para completar su crónica.

---

<sup>2</sup> La prensa de la época dedicó editoriales elogiosos al canje, el segundo que se realizaba en el puerto de Barcelona, y, por ejemplo, el *ABC* tituló: «España en paz, símbolo humanitario».

Después de los conformes y firmas de rigor de unos documentos por parte de los mandos aliados y nazis ante la atenta mirada de los delegados de la Cruz Roja y de unos adustos militares españoles que actuaban como testigos, pudo al fin subir al barco tras el embajador estadounidense, mister Hayes, y su preciosa hija. El embajador saludó a la tripulación y dio la bienvenida a bordo a aquella tropa, que presentaba un aspecto deplorable. Los soldados norteamericanos tuvieron fuerzas para aplaudirle cuando les manifestó su más alto aprecio y consideración en nombre del presidente Roosevelt y les prometió recompensar su valor. Concluyó su alocución lamentando no poder hacer lo mismo con sus compatriotas caídos en la lucha por un mundo libre y sensato.

A continuación habló el cónsul general de Inglaterra, quien manifestó su satisfacción de ver libres a los suyos, sanos y salvos, y les leyó una carta del rey Jorge VI. Era el momento de tomar nota. «La Reina y yo —decía el mensaje— nos alegramos al pensar que estáis de camino hacia vuestros hogares después de vuestras tribulaciones y sufrimientos. Siempre habéis estado en nuestro pensamiento y deseamos, desde lo más profundo de nuestro corazón, que vuestra salida del cautiverio os proporcione el restablecimiento de vuestra salud y os colme de felicidad». Fin de la nota.

El reportero supuso que el oscuro redactor jefe Shepherd se sentiría satisfecho con tan bello párrafo, guardó su libreta y comenzó a zascandilear en busca de algo mejor. Todos los enfermos y heridos con los que habló querían ver a su mamá. Lógico. Algunos esperaban ser recibidos como héroes en su pueblo natal. Lógico tam-



bién. Eran los tiempos en que el mundo comenzaba a llenarse de héroes reales y ficticios.

Encontró a unos centroamericanos que habían combatido al lado de sus hermanos norteamericanos. Aquello podía tener interés. Contó cinco guatemaltecos, trece nicaragüenses, seis costarricenses y varios hondureños. También saludó a un mexicano. Ponían la nota colorista unos bailarines rusos llamados *Los Chupriminz* que, huyendo de Stalin, se habían naturalizado mexicanos. Listos como el hambre, aquellos *Chupriminz*. Entre los canjeados había un pintor costarricense llamado Manuel Cano de Castro. Pero el más importante era, sin duda, el periodista Larry Allen, antiguo corresponsal de *Associated Press* en Madrid.

—¡Oh, Larry, cuánto me alegra verte! —Exclamó el reportero.

Allen le recordó vagamente.

Se abrazaron. El reportero le dijo:

—¡Escribiré tu historia!

Aunque era una larga peripecia, podía resumirla en dos párrafos. Al comienzo del conflicto, Larry se alistó con los británicos para informar sobre el frente africano. Sus relatos desde un barco inglés sobre los combates navales en el Mediterráneo le valieron el Pulitzer. Viajó a su país a recoger el premio y regresó a su puesto. Poco después el barco fue alcanzado por un torpedo frente a Tobruk y los italianos le hicieron prisionero. Cuando iban a liberarlo, el señor Roosevelt tuvo la magnífica ocurrencia de entrar en la guerra. Tal vez sea más exacto afirmar que entró obligado por los japoneses, que bombardearon la base militar de Pearl Harbor. Y entonces

los fascistas italianos prolongaron el cautiverio del pobre Larry. Cuando, por fin, los aliados le pegaron un puntapié a Mussolini, y Larry pudo escapar hacia la frontera Suiza, le atraparon los nazis y prorrogaron de nuevo su cautiverio.

—Ya los ves, Lucas, la mala suerte me persigue.

—Cosas del oficio.

—Y de la fama —dijo Larry.

—La fama sirve para que no te fusilen o se lo piensen, al menos, antes de hacerlo —respondió el reportero, tratando de consolar al colega, que, después de todo, estaba vivo para contarle y podría tomar whisky con los amigos.

Mientras hablaban observaron algunos movimientos extraños. La señal de atención fue un oficial español que pasó junto a ellos jadeando como un percherón y subió a toda prisa la escala metálica hacia el puente de mando. Lucas le siguió con la mirada. El oficial se acercó al general Moscardó, jefe de la cuarta región militar, y le sopló un mensaje al oído. El general esbozó una sonrisa y la asesinó al instante. Luego, con gesto contrito, se dirigió a donde se hallaban los representantes británicos.

—Creo que ha ocurrido algo —dijo Lucas.

—Siempre pasan cosas —dijo Larry.

—Iré a ver —se despidió Lucas.

Moscardó estaba informando a mister Wallace, secretario de la embajada inglesa en Madrid, y a la esposa de mister Yencken de que había ocurrido un desgraciado accidente. El avión en el que viajaban los señores Yencken y Caldwell desde Madrid se había estrellado. El

Douglas chocó contra una montaña en la provincia de Tarragona a causa de la niebla y de la escasa visibilidad. No había supervivientes.

Al oír esas palabras, la esposa de Yencken palideció y prorrumpió en sollozos. Mister Wallace la sujetó por los hombros. Moscardó aportó otros detalles sobre la hora del accidente y la localización de los restos. «Mis sinceras condolencias, señora», le dijo como señal inequívoca de que su marido había muerto. Los otros dos pasajeros, mister Caldwell, el agregado aéreo de la embajada en Madrid, que tripulaba el avión, y un mecánico español llamado Gaspar Martínez, también habían muerto.

En ese momento, Dorchy, el vicecónsul y agregado de prensa del consulado británico en Barcelona, descubrió la presencia del reportero entre las autoridades y creyó conveniente decirle que, de momento, el ministro de negocios Yencken y su compañero Caldwell sólo habían desaparecido. El reportero se extrañó de aquella advertencia.

—Están muertos, Dorchy. ¿Acaso quieres joderme o pisarme la exclusiva?

—Oficialmente están desaparecidos —insistió el agregado.

—De acuerdo, Dorchy. Y además pondré que la viuda de Yencken comenzó a llorar oficialmente —dijo el reportero. Luego abandonó el barco lo más deprisa que pudo y se dirigió al edificio de la Telefónica, donde a aquella hora sólo quedaban algunos corresponsales madrileños rezagados.

## NI UNA PIZCA DE NIEBLA

El telegrafista miró el papel con desgana y comprobó su reloj. «Lo siento amigo —dijo—, he terminado mi turno; tendrá que esperar al relevo».

—¿A qué hora viene?

—Entra a las nueve, pero siempre se retrasa; la noche es larga.

El reportero sacó una cajetilla de cigarrillos rubios americanos, extrajo un pitillo y antes de encenderlo miró fugazmente la cara del telegrafista.

—¿Fuma usted? —le dijo.

—¡A ver!

Eran los tiempos en que escaseaba todo, también el tabaco, y el reportero le alargó la cajetilla al telegrafista para que se sirviera por sí mismo. La hoja de papel con su crónica de doscientas cincuenta palabras permanecía en la repisa de la ventanilla. El telegrafista sacó un pitillo, se lo llevó a la boca y le devolvió la cajetilla, pero el reportero no la tomó.

—Quédesela, es para usted.

Acto seguido, el telegrafista miró la hoja de papel, la agarró y dijo:

—Está bien.

—Es breve, sólo doscientas cincuenta palabras —le animó el reportero.

El hombre marcó el indicativo y comenzó a picar el texto con una velocidad temeraria. La letra era clara y la historia, a juzgar por la expresión de sorpresa del telegrafista, parecía interesarle muchísimo. Cuando terminó de teclearle, preguntó:

—¿Toco campanillas?

—Arme un buen escándalo —le respondió el reportero.

El telegrafista hizo sonar repetidamente la tecla de la alarma. Su sonido era bien conocido por los periodistas, y dos españoles rezagados que allí andaban se acercaron rápidamente a la ventanilla a ver qué pasaba.

—Nada de particular, hermanos; ha habido un mensaje del rey de Inglaterra a los compatriotas liberados y los mensajes reales van con campanillas —los tranquilizó el reportero.

—Claro, como tienen Rey —comentó uno.

—Menuda cosa —dijo el otro.

El reportero guiñó el ojo al telegrafista, le pagó el servicio, recogió la hoja y se despidió de él diciendo:

—Gracias amigo, y guárdeme el secreto.

—Este menda es una tumba. Gracias a ti por el tabaco.

Calle abajo, repasó la crónica. «El ministro encargado de negocios de la embajada de Inglaterra en España, Arturo Yencken, y el comandante del Ejército del Aire y agregado militar adjunto de la legación, comandante Hilary Caldwell, perecieron ayer al estrellarse el avión Douglas en el que viajaban desde Madrid a Barcelona para asistir al canje de prisioneros que se verificó a primera hora de la tarde en el puerto de la capital catalana y para pronunciar una conferencia en la Cámara de Comercio de Inglaterra. Con ellos murió un mecánico español que respondía al nombre de Gaspar Martínez. La viuda de Yencken recibió la noticia del siniestro cuando se encontraba a bordo del buque *Gripsholm* saludando y confortando a los soldados ingleses recién canjeados,

muchos de los cuales llegaron heridos y otros tienen signos de haber enloquecido. El general Moscardó, jefe de la cuarta región militar española, se encargó de informar a la viuda de Yencken y al cónsul británico en Barcelona, que la acompañaba, del luctuoso suceso. Según la versión del general español, el avión, propiedad de la embajada británica, se estrelló en una zona montañosa de la comarca de Tortosa, cerca de Gandesa, en la provincia de Tarragona, a causa de la espesa niebla y la falta de visibilidad».

La crónica acentuaba la aflicción de la viuda, relataba el pésame del fascista Moscardó y contenía otros detalles de emoción. Después proseguía con el canje de prisioneros, el mensaje del rey de Inglaterra y la peripección de Larry. No era un gran relato, pero en doscientas cincuenta palabras no se podía contar más.

Arrugó el papel, lo convirtió en una bola en su puño y lo encestó en una alcantarilla. Siguió caminando en dirección al consulado británico. Cuando llegó, ya el triste Shepherd se había puesto al habla con la legación. Dorchy, que había contestado la llamada del sieso del redactor jefe, transmitió a Lucas el recado de que su jefe quería más detalles del suceso para la edición del día siguiente. Dorchy era todo lo afable que suelen ser los gorditos y le permitió acompañarle en el coche de la legación hasta el lugar del siniestro. En otro automóvil, delante de ellos, iban la viuda de Yencken, el secretario del consulado, mister Wallace, y un elevado funcionario del Gobierno Civil que las autoridades españolas habían puesto a disposición del consulado para lo que fuera menester.

El percance se había producido en las estribaciones de la sierra de Artigós, ceca de la localidad de Villalba de los Arcos, en partido judicial de Gandesa (Tortosa). Desde Barcelona había tres horas de camino. A la entrada de la localidad de Prat de Compte les esperaban unos guardias civiles que los condujeron hasta la casa rectoral o casa del cura, en la que habían depositado los cadáveres. El cura, un hombre joven, les dio la bienvenida, les invitó a pasar y les informó que, aun a riesgo de que fueran ateos o protestantes, les había echado unos responsos, a los muertos, pues eran hijos de Dios, aunque, por razones fisiológicas, no había podido administrarles los óleos.

El reportero nunca había visto un cuerpo humano carbonizado, pero soportó con serenidad la visión de aquellos troncos carbonizados y tendidos sobre unas mantas en el suelo de una sala de la casa rectoral. La carne se apelmaza, se comprime, se ennegrece, suelta el persistente olor de sus jugos y se convierte en un terrón del que se van desprendiendo pequeños granos de carbonilla. La nariz, los ojos, el cabello, la piel, todo, menos los huesos, desaparece. Sólo el esqueleto da sentido al recuerdo de lo que fue y ha dejado de ser. La carbonización desmiente el efecto del fuego como elemento purificador. Eso, al menos, pensaba él al contemplar los terrones informes de lo que horas antes habían sido unos seres humanos, concretamente, los diplomáticos ingleses Arthur Yencken y Hilary Caldwell, y el mecánico español Gaspar Martínez. Los guardias civiles que los recogieron de entre los restos del avión, trabajaron con esmero y los trasladaron envueltos en mantas y atados

con cordeles a lomos de caballerías desde la montaña hasta el pueblo.

Aunque no había modo científico de discernir quién era quién, la viuda de Yencken reconoció a su marido a través de las lágrimas. No lo sacó por la pinta sino por la dimensión, pues era el más alto. Después, el juez de paz y el funcionario del Gobierno Civil determinaron que el español debía ser el más bajito y cumplieron los documentos de defunción según su leal saber y entender. El sargento de la Guardia Civil, que debía tener alguna experiencia en estos percances, pues dijo que el cadáver más vistoso solía ser para el primer familiar que llegaba, firmó el conforme y salió a la puerta a esperar las cajas mortuorias que habían sido encargadas a una funeraria de Tortosa.

Mientras esperaban la llegada de aquellos trajes de madera, Lucas y el gordito Dorchy tuvieron la oportunidad de conversar con el sargento y con dos números que habían intervenido en el rescate, y el reportero pudo obtener algunos datos de interés. El más sorprendente era la inexistencia de niebla. Insistió para cerciorarse.

—¿Así que no había niebla?

—Ni una chispa —le aseguró el sargento, un hombre chaparro, maduro y muy serio.

—¿Está usted seguro?

—Tan seguro como que es de noche —dijo el sargento— ¿No es cierto, Segis?

—Tan cierto como el que saca un ojo y queda tuerto —afirmó el número.

—Quiere decirse que a esa hora ya había despejado —dijo el reportero.



—Que no, que hoy no salió la niebla, ¡leche! —se sulfuró el sargento después de asegurar que lo había visto todo.

Como en España es frecuente que cuando sucede algo grave enseguida aparezcan gentes que lo han visto todo, el reportero pidió a aquel sargento que le contara los detalles del percance, y el hombre le echó un relato según el cual el aeroplano apareció sobre la sierra a eso de la una de la tarde, y, nada más columbrar los picachos, perdió altura como si fuera a descender hacia el valle. Pero, en ese instante, ¡bun!, estalló. Fue como si hubiera explotado una bomba en su interior. Soltó una llamarada y en cuestión de segundos se transformó en una bola de fuego. Luego, inopinadamente, giró ciento ochenta grados y embistió contra la montaña. Eso pasó.

—¿No saltó nadie en paracaídas?

—No tuvieron tiempo, los *probes*.

—¡Qué terrible! —Exclamó Dorchy.

—Yo me dije: «¡Ostras, Cipri, esos se han matado!» Y ya les digo, di parte, y nos dirigimos allá a galope tendido, pero no hubo nada que hacer; murieron del impacto y se calcinaron entre los restos incandescentes del aeroplano. Con decirles que el trozo más grande que recogió el personal de Reus fue el bloque del motor, les digo todo.

—¿Ardió todo?

—Entero y vero, ¿verdad, Segis?

El agente sacó su brazo derecho de debajo del capote y lo extendió ante ellos. Su mano estaba enrojecida.

—Si lo sabré yo —dijo.

—¡Vaya! —Exclamó Dorchy.

—Y mira que le advertí: «Ve con cuidado, Segis, no te vayas a quemar; utiliza el naranjero o un palo para separar los cuerpos de los hierros».

—Debió ser muy penoso para ustedes —dijo el reportero.

—Si que fue, si, sobre todo por ese olor a carne quemada que se te mete en la garganta, en la cabeza, sabe usted, y no se olvida fácilmente —dijo el sargento.

—Y eso que por aquí pasó la guerra —comentó el reportero.

—Pero hay muertos que impresionan más que otros.

La taberna del pueblo permanecía abierta por consideración hacia los visitantes extranjeros, y el reportero recabó la versión de varios paisanos y confirmó que, en efecto, no había niebla cuando se produjo el siniestro.

¿A qué obedecía entonces la versión del general Moscardó sobre la presencia del meteoro luminoso y la falta de visibilidad? ¿Qué había empujado al laureado general a ofrecer una versión falsa? ¿Qué interés podía tener el oficial reaccionario en que pareciera un accidente?

No resultaba fácil contestar a las preguntas ni determinar si el siniestro se debía a un fallo mecánico o a un sabotaje. Lo único cierto era que no había niebla ni problemas de visibilidad. Y aunque el meteoro hubiera cubierto los montes —conjeturaba Lucas ante un pocillo de aguardiente—, resultaba difícil imaginar a un piloto tan experimentado como el comandante Caldwell, victorioso en cien lances contra los nazis durante la Batalla de Inglaterra, conduciendo el avión hacia un banco de niebla en un terreno montañoso.

## HONORES PARA LAS VICTIMAS, IMPUNIDAD PARA LOS ASESINOS

Los vencejos de la mañana lanzaban sus cordeles de un lado al otro del cielo en aquella calle de Reus (Tarragona) cuando el reportero logró su conferencia con Londres y, a grandes trazos, le comentó lo sucedido al triste Shepherd. La prensa española, escrita al dictado del poder instituido y sometida a censura previa, ofrecía la versión de que el avión del ministro Yencken se había estrellado a causa de la niebla. Pero la verdad oficial no tenía nada que ver con la verdad propiamente dicha.

—Interesa, interesa mucho —le dijo Shepherd.

—¿Tu crees que..?

—Quédate ahí y envía algo bueno.

Ahí era Barcelona.

—¿Un cuarto de litro..? Quiero decir, ¿doscientas cincuenta palabras?

—Lo que dé de sí, en función de lo que averigües —le respondió Shepherd.

Después de todo, el oscuro Shepherd, a quien el reportero imaginaba como un ser reumático que fumaba cigarrillos y bebía whisky en aquel agujero cerca del Támesis, era un buen sabueso que sabía oler y valorar una noticia a miles de kilómetros de distancia.

—¿Por qué gritan? —Le preguntó Shepherd.

—Son los vencejos —respondió el reportero.

—¿Los ven... qué?

—Vencejos, calandrias.

—Esos malditos españoles gritan siempre —alcanzó a decir antes de que se interrumpiera la comunicación.

Los espías ensuciaban las líneas y, en aquellos días, los aliados ya preparaban el desembarco de Normandía y saturaban los cables submarinos.

Los féretros con los cuerpos de los finados realizaron un largo itinerario desde Reus hasta Barcelona, desde Barcelona hasta Zaragoza y desde Zaragoza hasta Madrid. Semejante recorrido sirvió para que las autoridades militares y civiles de los pueblos y ciudades por los que pasaban les rindieran emotivos homenajes y les tocaran el himno nacional. No había prisa. Los cuerpos carbonizados son incorruptibles. Los jefes españoles se esmeraban en cumplimentar a los caídos ingleses. Nunca se había visto trato igual. El dictador Francisco Franco transmitió su pésame a las autoridades británicas y publicó un decreto con un solo artículo que decía: «Se tributarán al cadáver del ilustrísimo señor Arturo F. Yencken, ministro plenipotenciario y encargado de Negocios de Su Majestad Británica, las honras fúnebres que la Ordenanza señala para el general de división con mando». Era un dictador muy considerado.

Los féretros de Yencken y Caldwell llegaron a Madrid en una furgoneta del aeródromo de Reus y quedaron instalados en la capilla de la embajada británica, situada en la calle de Núñez de Balboa, esquina con Hermosilla. El cuerpo del mecánico Gaspar Martínez López fue llevado a su domicilio de la calle Muñoz Grandes, 17. Los funerales y el entierro se celebraron en el cementerio inglés de Carabanchel Alto y congregaron a una porción alta de diplomáticos, grandes de España, representantes del falangismo español, militares y algunos ministros encabezados por el conde de Jordana, quien aportó doce

ujieres del Ministerio de Asuntos Exteriores para que escoltaran los arzones de artillería y manejaran los féretros. Las pompas fúnebres dieron lugar a una barroca enumeración en la prensa española de nombres y cargos de las autoridades presentes en las mismas.

El reportero siguió el evento desde Barcelona a través de los partes de Radio Nacional y transmitió a Londres unos párrafos sobre el sepelio, no sin antes ponerse al habla con lord Brainweell, que hacía las veces de embajador inglés en Madrid en ausencia de Hoare —éste disfrutaba en Londres de su familia y amigos—, y se mostraba muy satisfecho del tratamiento y honores dispensados por las autoridades españolas a los ilustres finados.

—¿Van a solicitar una investigación de lo ocurrido? —Le preguntó.

—No creo que sea necesario —contestó el diplomático.

—Pero, mister Brainwell, es probable que no haya sido un accidente —insistió el reportero.

—¿Qué le hace pensar eso?

—La falsedad de la versión oficial —respondió el reportero.

—No es conveniente enredar, amigo —le advirtió el embajador en funciones.

—Cierto, con la verdad no se enreda. Dígame, embajador, ¿realizarán sus servicios alguna investigación al respecto?

El diplomático guardó silencio y luego contestó que no estaba previsto.

—Tal vez sir Hoare no piense lo mismo —contraatacó el reportero.

—En ese caso habrá que esperar a que regrese de Londres, aunque le puedo anticipar que no habrá controversia al respecto.

—Claro, claro, gracias, mister Brainwell.

El reportero buscó un motivo para interpretar aquella pasividad, aquella conformidad de las autoridades británicas con la versión oficial de lo sucedido y por el momento no encontró más razón que el hecho de que Yencken no era inglés sino australiano de nacimiento, un caso raro en la diplomacia inglesa; aunque había luchado y sufrido heridas por Inglaterra durante la Gran Guerra, los carcas del cuerpo diplomático en el que había ingresado hacía veinte años y representado al país en Washington, Roma, Berlín y Madrid, no podían pasar por alto su pecado original. Y para colmo, su esposa era australiana también. ¿Para qué complicarse la vida con los muertos, máxime si sólo eran ingleses de adopción?

Pero mister Caldwell, el agregado aéreo, no era australiano sino inglés. El reportero se puso al habla con el agregado militar, mister Torr, un especie de ratón de mapa, y tuvo la impresión de que tampoco estaba dispuesto a mover el culo por su compañero de armas, al que, por otra parte, apenas conocía.

—Pero usted sabe que era un gran piloto —adujo Lucas.

—Muy cierto.

—¿Y no le parece extraño que un gran piloto, uno de esos hombres que han luchado bravamente, con tenacidad y abnegación, contra la Luftwaffe, penetre en un banco de niebla en un terreno montañoso?

El agregado militar trató de quitárselo de encima con la excusa de que esos asuntos no se hablan por teléfono.

—¿Pedirán una investigación sobre el suceso?

El agregado repitió que no haría comentarios por teléfono.

—De acuerdo, mister Toll, entonces, me limitaré a recordar el comentario de Churchill sobre Caldwell y sobre otros como él: «Nunca en la historia tan pocos hombres tuvieron entre sus manos el destino de tantos», ¿lo recuerda? El primer ministro se refería a esos novecientos pilotos, entre los que había algunos republicanos españoles, que lograron voltear la situación cuando los nazis bombardeaban Londres y consiguieron arrearle una buena paliza a la flota alemana dispuesta en Ostende, Amberes, Calais, Dunkerque y El Havre para invadir Inglaterra. Y añadiré que la muerte de uno de esos valientes no ha motivado siquiera una investigación circunstancial de la embajada británica en España.

—Correcto, amigo, ponga lo que quiera —dijo el agregado.

—No mister Toll, está usted equivocado; yo no soy amigo suyo —puntualizó Lucas antes de despedirse.